

Carta de Chile

Cuestiones

Manuel Corrada

Los supermercados chilenos representan una cara rutilante de las liberalizaciones en todos los ámbitos posibles derivadas de la economía neoliberal. Por ejemplo: abren hasta las diez, once de la noche y se hallan ubicados en el casco urbano. Hasta aquí, previsible. Que se mezclen el champú con la ternera, las camisetas con la leche en polvo y la lechuga con las aspirinas, un anhelo del capitalismo pujante. Que unos chiquillos de catorce años, sin contrato de trabajo, metan las sardinas y la botella de aceite en una bolsa plástica, uno de los paliativos posmodernos de la pobreza. Y para no quedar cortos de rasgos típicos, desde hace un tiempo se ha popularizado la costumbre de que al pagar la cajera pregunte si se dejaría el cambio para una institución benéfica, pues cada cadena de estos emporios se ha identificado con una causa caritativa vinculada a una orden religiosa. Esta moda, iniciada por el *Hogar de Cristo*, una fundación de beneficencia al alero de los jesuitas, no ha encontrado ninguna resistencia para propagarse porque responde a dos tradiciones comunes.

En primer lugar, la novedad no cae del cielo ni surge de la nada. Vino del hecho de que a la salida de comercios, cafés y panaderías suelen encontrarse mendigos y niños pordioseros que piden, que estiran la mano para recoger las monedas que han sobrado de la compra. La varita mágica de la mercadotecnia ha transformado esta cantera cotidiana en un negocio. Lo habitual, pues ¿podría inspirarse en la luna? Basta recordar que los contactos telefónicos copiaron las citas a ciegas y otros ángulos del baile de máscaras con los cuales se entretenían los gays neoyorquinos en la *Grand Central Station*, gracias a la posibilidad de llamar a los teléfonos de uso público que plagaban la concurrida estación. De la misma manera que los 902 dieron forma de negocio a una costumbre, sepultándola, en las puertas de los supermercados, cada vez menos niños tironean de la manga para pedir limosna.

Pero, en segundo lugar, en Chile resulta corriente pedir. Incluso se ha institucionalizado. Día sí día no una colecta hace su agosto. Prohibidas en los años cincuenta a raíz de la exagerada frecuencia, oscuros propósitos y turbias contabilidades a las cuales habían llegado, dos se salvaron. Una para

los bomberos, cuerpo que apaga incendios por amor al arte, y otra para la *Cruz Roja*. Pero en los tiempos del pinochetismo no sólo reaparecieron sino que gozaron de un auge enorme. Entre esta macedonia de colectas destacaban las de las damas de colores, las de las de verde, marrón, lila, azul o calipso, las de unas señoras multicolores que obtuvieron pasaporte para salir a pedir por las calles durante las mañanas.

Estos coloridos grupos femeninos cumplen un papel piadoso con los enfermos de los hospitales públicos. Desde dar noticias a la familia acerca de la salud del pariente ingresado, acompañar a los solitarios, gestionar la obtención de medicamentos cuando no se dispone de medios. En fin, tratan de aliviar la angustia y de humanizar la estadía en uno de estos lugares cuya arquitectura, en muchas oportunidades, refresca las páginas más grises que se hayan escrito acerca del confinamiento de las enfermedades. Que sean públicos también refleja la solvencia económica de los ingresados. Por lo siguiente. Tradicionalmente, los descuentos para salud de los salarios iban a un fondo común que se repartía en un sistema solidario que daba asistencia a todos los ciudadanos. Desde comienzos de los ochenta, una modificación legal ha hecho posible que cada cual opte entre un fondo estatal o un invento, privado, por supuesto, que, sin entrar en sus complejos pormenores, derivó en una nueva cartografía de la salud chilena.

Porque un resultado de esta apertura se ha traducido en que en la práctica convivan en paralelo dos realidades cuyas diferencias resaltan con nitidez. Clínicas privadas para quienes poseen altos ingresos; hospitales públicos para los demás, es decir, para la gran mayoría de los ciudadanos. Este ritmo a dos compases repercute, evidentemente, en el trato hacia los enfermos, en el aspecto de los edificios, en la cordialidad. Al glamur de enfermeras vaporosas, casi se podría sospechar que ciertos prototipos de belleza suponen un extra en los criterios selectivos de la oferta de empleo, se oponen otras que ni son tan delgadas, ni llevan el pelo prolijo, ni derraman estilo y deseo, pero que una vez conocidos los bajísimos sueldos que cobran y la intensidad del trabajo que realizan se termina por creer que son unas santas.

Esto en lo que toca a los aspectos, pues desde el punto de vista de las técnicas médicas y de la calidad de las prestaciones, las diferencias son mínimas, encima de que los mismos médicos trabajan tanto en lo público, por lo general un rato durante las mañanas, como en lo privado, la mayor parte del día. Sin embargo, por la crudeza de la atmósfera hospitalaria la presencia de las damas, las de colores, las voluntarias según se las denomina, presenta la sonrisa que el convaleciente de una intervención quirúrgica agradece cuando yace en una cama metálica de blanco desconchado, oye la

angustia de un viejo después de una noche de insomnio, tiende la mano a los padres de un hijo que padece un mal atroz.

Pero estas agrupaciones fueron también una salida para organizar grupos sociales proclives a la dictadura. Hace poco tiempo, Estela, mujer de un militar procesado por su relación con el asesinato en Buenos Aires de un ex jefe del estado mayor de la defensa, decía en una entrevista: «¡Qué impotencia para una mujer que sacrificó su vida para ayudar a la gente! Pertenecí a todos los voluntariados. Si mi marido no ha sido ningún torturador». ¿Tantos voluntariados? Pues sí. Algo menos de veinte colores forman el repertorio de los voluntariados, de las damas de color, de estas señoras que junto a otras instituciones hacen colectas. Pero contrastan estas manos que piden, tan chilenas, con el desprestigio enorme que posee el Estado. Mientras éste aparece como un cero a la izquierda, cuando pronunciar la palabra impuestos significa un anatema, las damas y todo el reguero de instituciones que dependen de órdenes religiosas gozan de una enorme popularidad, funcionan como la perla noble y bondadosa, la realización en la tierra del da y no mires a quién.

En el ambiente de furor pedigüeña, cualquier obstáculo, ni que decir de críticas, suena pésimo. Por ejemplo, un animador de la tele, Mario Kreutzberger, alias don Francisco, realiza anualmente un programa que dura veinticuatro horas en beneficio de una institución privada que ayuda a rehabilitar minusválidos. En diciembre pasado trinaba hecho un jabalí: los tribunales de justicia procesaron a Pinochet justo coincidiendo con el inicio de su maratónica fiesta. La dichosa noticia distraía.

Pero también hay gente que da sin que una cajera de supermercado le haya reclamado el cambio para una obra de caridad pía, una dama de colores le acerque la cesta, ni lo bombardeen en todas las cadenas de televisión para que salga corriendo a dejar un donativo en un banco.

Efectivamente, el patrimonio del mejor museo chileno ha sido el regalo de un hombre de talante excepcional. Arquitecto, refinado, conocedor de las vanguardias históricas en todas sus manifestaciones, Sergio Larraín coleccionó durante décadas objetos de arte precolombino que donó, mediados los setenta, para la formación de un museo en Santiago.

En 1981, alojado en el hasta ese minuto ruinoso edificio de la Real Aduana, obra de 1807 del ingeniero español Agustín Caballero, fue abierta al público esta magnífica colección, entonces con mil quinientas piezas y que hoy día cuenta con más de tres mil, siendo las últimas recibidas un puñado que su mecenas guardó consigo hasta su fallecimiento ocurrido hará ahora en junio dos años. Sin delimitaciones geopolíticas o geográficas, este museo abarca el arte de las culturas existentes en toda América

antes de la llegada de los españoles. Figuritas ecuatorianas que han visto miles de amaneceres, rarezas antropomórficas impregnadas de secretos o estatuillas de arcaicas culturas mexicanas conviven con los deslumbrantes textiles chimú. Sin ensalzar el prestigio de las órdenes religiosas, sin ampliar su legitimidad, sin compensar los déficits de un Estado reducido a un mero inventario de labores administrativas, ni aupar agrupaciones sociales para desacreditar a las instituciones civiles y políticas, el Museo de Arte Precolombino y la generosidad inmensa con miras de largo alcance de este proyecto, por fortuna, muestran que Chile no se resume en los supermercados.